

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitie partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 45 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zúñiga, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

SUSCRICION

PARA LOS CARLISTAS PRESOS.

SUMA ANTERIOR.	15.931-84
D. J. M., de Barcelona.	4
Uno que fué liberal y no es más que católico, apostólico, romano.	20
D. A. R., de Paradas.	4
Un carlista de Sort.	15
Otro carlista de Sort.	15
A. M. Rueda, Iznajar.	4
Tres carlistas de Zaragoza.	50
D. Martín Beulouff, Palafrugell.	4
D. J. L., Presbítero en Palafrugell.	4
D. J. G. G., católico A. R., Palafrugell.	4
D. P., Casas del Conde.	4
L. M. y V., amantes del carlismo.	14
Un carlista de todo corazón.	8
R. H., carlista, de Orihuela.	40
Un eclesiástico, de idem.	40
Un idem, de idem.	40
Un excastrado sin paga.	40
D. Gregorio Santos.	8
Un católico de Cádiz.	8
T. C., católico, A. R., Villotillo.	11
D. V. C., Castro de Rey.	11
D. R. A. P., Lugo.	10
Un católico R. A., Astudillo.	10
Un suscriptor de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.	5
E. A., de idem.	35
L. C., de idem.	35
D. Francisco March Estrada.	14
Un caballero carlista de Burgos.	100
Unos paisanos de Villanueva y Gel- trú que desean orden.	8
Un jornalero de id. que prefiere la sopa de los conventos a la de los clubes.	4
Unos industriales que desean la libertad, pero no el liberalismo.	16
Varias señoras de id. que desean acabar de una vez tanta farsa.	36
D. Domingo Sanchez, D. Ildefonso Sauras y D. Nicomedes Rufas.	30
D. Francisco Vivero.	8
D. J. V., suscriptor.	30
D. M. A., de Torá.	18
D. Pedro Cid de Rivera.	20
D. Elías Carreño.	4
Varios carlistas de Jerez.	200
Unos acérrimos partidarios de la monarquía tradicional, ásus cor- religionarios privados de liber- tad.	254
M. M. y D. J. M., Navarra.	80
D. Joaquín Aguirre Gavidia, de Salinas.	10
D. M. A., de idem.	4
D. H. García.	4
Doña Ramona de Goñechea, de idem.	2
D. J. P., cristiano viejo, pero muy ligero, de Ampurdán.	120
Un católico, conforme en un todo con el comportamiento de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL y los car- listas, de Logroño.	24
Una familia que siempre fue, sigue siendo y será carlista, de Ber- nedo.	20
Los diez Capellanes cesantes del hospital General de Madrid, (no pueden más).	20
D. Miguel Ballesteros, carlista de la Puebla de Almoradil.	20
Un carlista del mismo pueblo.	10
D. Eusebio Ruiz de Perales.	10
D. J. G. M., de Salamanca.	10
D. Martín S., id.	10
Un carlista, id.	20
Un monárquico puro.	20
Un monárquico tradicionalista.	20
Un católico, apostólico, romano.	20
Señora viuda de O. (Salamanca).	12
La familia de un cesante.	12
Un estudiante de la Universidad de Barcelona, que en metálico no puede más.	4
	17.445-84

CÓRTESES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 8 de No-
viembre de 1869.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR PRESIDENTE D. NI-
CÓLAS MARTÍ RIVERO.

Se abrió la sesión a las dos y cuarto, y leida el
acta de la anterior por el señor secretario Llano
y Pertierra, fué aprobada.

El Sr. Rojo Arias pide el expediente de ensa-
che de Bilbao.

El Sr. Vinader intenta hacer una pregunta;

pero el señor presidente le advierte que hoy no es
el día señalado.

Se da cuenta en seguida del despacho ordi-
nario.

El Sr. Alvarez (D. Cirilo) presenta una expo-
sición de varios vecinos de Barcelona, pidiendo
que se elija pronto a un rey que satisfaga las as-
piraciones del país, y la recomienda vivamente a
la Cámara.

El señor presidente de esta dice que los votos
de los ciudadanos son muy dignos; pero que los
de los diputados, que se darán en breve, los ha-
cen enteramente superfluos.

El Sr. Madoz presenta otra exposición, pidién-
do que se elija por rey a Espartero. Su señoría
dice, sin embargo, que no se hace eco de esta
opinión; pues la resolución de tan alto problema
corresponde a las Cortes.

Se da cuenta de la dimisión del Sr. Topete.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS (marqués de los Castillejos): Un aconteci-
miento de importancia, que los señores dipu-
tados vienen previendo hace días, hoy se ve con
pena mía, con pena del Gobierno, con pena de
las Cortes Constituyentes, realizado. La presen-
cia de nuestro distinguido e ilustre amigo el se-
ñor Topete en el banco del diputado, expresa
más que cuanto yo pueda decir. Sin embargo,
después de las explicaciones que tuve el honor
de dar a las Cortes Constituyentes el último día
que le dirigí la palabra, cumple a mi deber que

las amplie, puesto que el hecho que se realiza hoy
está en contradicción con algunas frases que
entonces pronuncié.

Recordarán los señores diputados que tuve el
honor de poner en su conocimiento la resolución
que había tomado el entonces señor ministro de
Marina, así como las observaciones que yo me
había permitido presentarle, y los ruegos eucari-
stos y vehementes que le dirigí con el fin de
que S. S. no abandonase el banco ministerial.

Recordarán también los señores diputados
cuán francamente les manifesté que el Sr. To-
pete había insistido una y otra vez en retirarse
del ministerio, y que yo con la misma insisten-
cia aconsejé por tres veces a S. A. el regente del
reino, en nombre del Gobierno en pleno, que no
admitiera la dimisión de nuestro ilustre amigo;
y concluí diciéndole aquel día que puesto que yo
le había negado a acceder a los deseos de S. S.,
hasta tal momento el Sr. Topete era tal minis-
tro de Marina. Todavía me quedaba, entonces, la
esperanza de que el Sr. Topete cedería a las su-
plicas encarecidas del presidente del Consejo de
ministros y del amigo que tanto le quiere, como
que cedería a los ruegos de los que han sido sus
compañeros de ministerio. Pero fuerte el Sr. To-
pete en su conciencia, según él la comprende,
puesto que creía comprometida su delicadeza,
su decoro y hasta su honor en salir del Gabinete,
fue llegado el momento, con gran sentimiento
mío, de tener que desistir y perder al Sr. To-
pete, ó permitir que se alejara de mi lado.

Cuántos razonamientos he podido yo presen-
tar al Sr. Topete; cuantas consideraciones polí-
ticas he puesto ante su amor a la patria y su
amor a la revolución, han sido inútiles: mis úl-
timas palabras fueron preguntar al Sr. Topete
si creía que se debía hacer algo más, si faltaba
algo por hacer que de mí dependiera, ó que
dependiera del Gobierno, que tuviese la bondad
de manifestármelo, porque yo estaba pronto a
hacerlo todo con tal que no se separara del mi-
nisterio.

S. S. se esforzaba a su vez en decirme lo que
yo ya sabía, lo que saben todos los señores di-
putados, lo que sabe el país, que conoce la leal-
dad del Sr. Topete; que su separación del minis-
terio no significaba bajo ningún concepto que se
pusiera frente a frente del ministerio; que S. S.,
como iniciador que fué de la gran revolución de
Setiembre, estaba tan interesado como el prime-
ro, no sólo en sostenerla, sino en desarrollarla;
que él continuaría siendo amigo del Gabinete, y
que él sería para el presidente del Consejo de
ministros y para el conde de Reus un amigo ca-
riñoso, ya que no era necesario emplear la pa-
labra leal, porque nunca de S. S. puede salir
nada que no sea fruto de la más esquisita
lealtad.

Las fórmulas oficiales se cumplieron, pues, de
la manera que hubieran podido desear los ami-
gos todos del Sr. Topete; esto es, la Cámara en-
teró y el país liberal las fórmulas particulares
dadas nada por hacer; me ha sido materialmente
imposible hacer más; si más hubiese alcanzado
más hubiese hecho. Y yo en esto obedecía, no
sólo a la amistad cariñosa que profeso al señor
Topete, sino que consideraba de alta convenien-
cia política que el Sr. Topete continuara sen-
tándose en el banco azul; y obedecía también a
la creencia en que estaba y en que estoy, de que
la separación del Sr. Topete había de dar pábulo
a las murmuraciones, había de dar pretexto a
los eternos enemigos de la revolución para que
dijeran que faltando el Sr. Topete del banco mi-
nisterial, faltaba una de las columnas de la si-
tuación; con lo cual, sacando partido de este he-
cho, no sólo se dice, como sé ya que se ha di-
cho, «que este era el principio del fin de la re-
volución de Setiembre», sino que desarrollando
el avieso espíritu que encierran estas gráficas
palabras, se intentase llevar la intranquilidad y
el desasosiego a todos los ánimos.

Por lo mismo que yo estaba y estoy firme-
mente persuadido de que no lo de ser así, de
que no porque el Sr. Topete deje de estar sena-
do en este banco ha de faltar su apoyo al desen-
volvimiento de la revolución, porque conocía es
de todos, como he dicho, la lealtad del Sr. To-
pete, lo interesado que está su decoro, su honor
y su nombre en sostener hasta el fin la revolu-
ción de Setiembre, quería yo evitar el dar todo
puesto y motivo más ó menos aparente a estas
murmuraciones, y por eso cumplí, como ya sa-
ben y conocen los señores diputados, con las
fórmulas oficiales; y cumplí asimismo hasta
donde alcancé, con las fórmulas particulares y
amistosas.

Sé que se ha dicho fuera de aquí repetidas ve-
ces que el Sr. Topete estaba molesto, que esta-
ba disgustado y que lo estaban también algunos
señores de la unión liberal, por cuya causa ha-
bían sido presentadas las dimisiones de minis-
tros; y aun tengo entendido que discurriendo
sobre estas exposiciones se frotaban las manos
nuestros enemigos ante el anuncio de que los
señores de la unión liberal iban a presentar
también la dimisión de los respectivos cargos
públicos que ocupan; y a este propósito cúple-
me hacer una declaración para que la sepa el
país.

Verdad es que los dignos representantes de la
unión liberal, al presentarse sobre el tapete la
crisis que acaba de tener lugar, creyéndose obli-
gados por delicadeza y por decoro a presentar
sus dimisiones, me significaron que éstos eran
sus propósitos; pero yo tuve el honor de argu-
mentar con S. S., y después de discutir con
ellos y de decirles que no hicieran tal cosa, por-
que eso sería lo mismo que significarse ya con-
tra el Gobierno, y que no siendo ésta su inten-
ción, el Gobierno y el presidente del Consejo de
ministros les rogaba que cada uno se quedase
en los puestos que dignamente desempeñan; sus
señorías, benévolos siempre conmigo y dispu-
stos a dar todas las pruebas necesarias para de-
mostrar que no hacen cuestión de Gabinete el
que haya dos ó tres señores de la unión liberal
sentados en este banco, tuvieron la dignación de
acceder al ruego que les dirigí; y con placer mío,
y sin duda alguna con placer de la Cámara, to-
dos los señores de la unión liberal que ocupan
altos y medianos puestos se conservan en ellos y
no piensan por el momento en presentar sus di-
misiones. Yo doy las gracias a los señores de la
unión liberal, porque han hecho ese nuevo acto
de patriotismo y han tenido esa condescendencia
con el presidente del Consejo de ministros.

Pero después de todo lo dicho, señores dipu-
tados, yo me he visto en un grave compromiso.
La Cámara recuerda sin duda que al explicar la
conversación oficial y particular que yo había
tenido con el Sr. Topete, tal era mi vehemente

deseo de convencer a S. S. de que no debía dejar
el banco ministerial, y de tal manera forzaba los
argumentos que le presenté, que si S. S. se retiraba
del ministerio, yo me vería en el caso de retirarme
también. Y no es que yo dijera así al Sr. Topete
decir por decir; es que yo lo sentía así, y es que
si en aquel mismo momento se hubiera realizado
la separación del Sr. Topete, en el acto me hu-
biera yo retirado; y esto, conocida la lealtad
de mi carácter, espero que no haya, no digo
aquí, sino fuera de aquí, quien pueda creer que
era un expediente de mi parte, y nada más, pa-
ra decidir al Sr. Topete a que se quedara en el
Gobierno.

Pero ello es que yo manifesté a las Cortes
Constituyentes haber dicho al Sr. Topete que si
él se retiraba me retiraría yo también. Y en este
caso se me ocurre preguntar a los señores dipu-
tados: pasada, como ha sido, la impresión del
momento, ¿será más conveniente para la causa
pública (sin que yo me crea necesario ni mucho
menos); pero así y todo, creen, repito, los señores
diputados que será más conveniente a la causa
pública que yo sostenga la palabra que le di
al Sr. Topete de retirarme con S. S., ó que haga
el sacrificio ante la patria de esa palabra, y que
diga franca y noblemente: yo creo que no me
debo marchar, yo creo que me debo quedar?
(Conmoción en sentido afirmativo en la Cámara.)
Y sabe Dios que me causa pena, porque yo acos-
tumbro a ser también rígido observador de mi
palabra. Pero lo que dije al Sr. Topete en aquel
momento de amistosa pasión, cuando emplee to-
da clase de argumentos para que S. S. se queda-
ra, creo que no estuvo bien; creo que no hice bien
en avanzar hasta ese punto—cuando hablé con el
Sr. Topete.

Yo, que soy hombre que reconozco siempre las
faltas y ligerezas que pueda cometer, y que creo
que fué una falta y una ligereza el dar esa pala-
bra al Sr. Topete; y más ligereza aun—venir a
contar, en este sitio, yo pregunto a los señores
diputados, para que con un signo me hagan
comprender si nó: ¿creen los señores dipu-
tados que yo debo retirarme de este sitio por ha-
ber dicho al Sr. Topete que si él se retiraba me
retiraría yo también? (Los señores diputados: No,
no.) Pues no necesito más; me satisfizo eso y
me quedo aquí, donde creo que puedo prestar
servicios a la revolución, servicios a la libertad.

El Sr. TOPETE: Crea, señores, que el inva-
cible temor que yo siempre he experimentado y
experimento en este instante, al tener el honor
de dirigiros la palabra, proviene en gran parte,
abstracción hecha de mi insuficiencia, de esa do-
ble circunspección que aconseja ó imprime el
banco azul, del que con dolor, acabo de separar-
me, y a donde vine sin títulos ni preparación al-
guna a la vida pública y las luchas parlamenta-
rias. Lisonjébase, por tanto, la idea de que
cuando hablase por cuenta propia podría expre-
sarse; pero ¿qué le da la suerte que primer-
ra vez que me encuentro en ese caso, sea en una
situación tan crítica, sea tan especial mi posi-
ción, que más que nunca, os lo confieso, señores
diputados, me hallo embargado, y necesito más
que nunca también vuestra indulgencia, a la
que me tenéis tan acostumbrado, la cual os rue-
go no me neguéis ahora, en gracia siquiera de
que os molestaré lo menos posible en lo sucesivo.

El señor presidente del Consejo de ministros,
con la elocuencia que le es propia, ha hecho una
relación tan exacta de las causas y de los moti-
vos de la última crisis, que yo no tendría nada,
absolutamente nada que rectificar, si no hubiese
un punto oscuro que me cumple a mí aclarar,
confesándome, si no culpable, al menos censu-
rable, por haber ofrecido al señor presidente del
Consejo de ministros mi permanencia en el Go-
bierno. Es muy cierto que he tratado en seguida
de enmendar en lo que era posible aquel error,
al tomar mi resolución definitiva.

Yo, ante el cuadro que S. S. me presentó con
esas palabras tiernas y cariñosas que S. S. ac-
aba de pronunciar, tuve un momento de vacila-
ción y ofrecí al señor presidente del Consejo mi
permanencia en el Gobierno; más luego en la
soledad de mi conciencia, señores diputados,
creedlo, comprendí que no debía, que no podía,
que no me era dado cumplir esa palabra, y ha-
ciendo uso de esas relaciones íntimas y cariñosas
que han existido y existirán siempre entre el
señor conde de Reus y mi humilde persona, le
escribí una carta a S. S. suplicándole mi rele-
vase de aquella palabra. S. S. se negó a ello, y
después de una noche de insomnio, de pensar y
de pesar bien las circunstancias, me convencí de
que no me era dado continuar en el Gabinete, y
auténtico a una persona de toda mi confianza
para que se acercase al señor general Prim y le
dijera que me era imposible continuar forman-
do parte del Gobierno, y que no asistiría a la se-
sión del Congreso.

Ahora bien, señores diputados: después de
haber oído las elocuentes palabras tan cariñosas
como dignas del señor presidente del Consejo de
ministros, dirán los señores diputados: ¿por qué
esa insistencia del Sr. Topete en no formar parte
del Gobierno? Señores, os lo voy a decir, y per-
mitidme el señor presidente del Consejo de mi-
nistros que me acoga al discurso que S. S. pro-
nunció el día 2 al dar cuenta de la crisis que
produjo la salida de los Sres. Ardanaz y Silve-
la. Decía el señor presidente del Consejo de mi-
nistros:

El Gobierno, tal como estaba constituido
cuando formaban parte de él los Sres. Silve-
la y Ardanaz, seguía tranquilo y de acuerdo en la
marcha que tuvo el honor de anunciar el día que
presenté a las Cortes Constituyentes aquellos
mis dignos y antiguos compañeros. No había di-
sidencia ninguna en el seno del gabinete: la
mayor armonía reinaba entre nosotros. Inútil es
decir la pena que habrá causado al presidente
del Consejo y a mis estimables compañeros de
ministerio el tenernos que separar de tan dignos
y tan distinguidos patriotas como lo son los se-
ñores Silve- la y Ardanaz. Pero se presentó un
gran problema que restaba en el seno del gabi-
nete. La mayoría del Consejo opinaba por dar
una solución a aquel gran problema, y los se-
ñores ministros de Hacienda y de Estado cre-
yeron que la que proponía la mayoría no era solu-
ción bastante ni respondía a las necesidades pre-
sentes del país.

Aquella cuestión fue creciendo a medida que
se iba acercando el momento de que los señores
diputados, primero separadamente y luego
junta general, debían ocuparse de ella. Ya
desde entonces la existencia del Gabinete, tal

como estaba constituido, era penosa; y era pe-
nosa, tanto para los señores Silve- la y Ardanaz,
como para los demás señores ministros.

Ahora bien, señores diputados: el señor conde
de Reus, con esa facilidad que tiene siempre de
expresarse con palabras dulces y cariñosas para
no herir nunca a sus amigos, ha calificado de
penosa la situación de los señores Silve- la y Ar-
danaz en el Gobierno. Pues bien: permitidme que
la califique también según mi criterio: a mi mo-
do de ver, era insostenible, era imposible. Pues
si era insostenible é imposible para los señores
Ardanaz y Silve- la, ¿cuánto más no sería para
el diputado que tiene el honor de dirigiros la
palabra, cuando yo fui el que con más calor
me expresé, y dije que lo que se proponía no
creía era la solución para las necesidades del
país.

Señores diputados, si yo me hubiera encontra-
do en aquel momento al lado del señor conde de
Reus, cuando S. S. manifestaba que era penosa
en el Gabinete la situación de los señores Silve-
la y Ardanaz, ¿no es cierto que las miradas de las
tribunas y de toda la Asamblea se hubieran di-
rigido a mí, y que no pudiendo soportarlas, esta
frente que jamás se ha levantado altiva y orgu-
llosa, pero siempre serena, hubiera tenido que
humillarse siendo el reflejo de una conciencia
intranquila? (Bien, bien.) ¿No es verdad, señores
diputados? ¿Podía yo permanecer en el banco
ministerial? Ved, pues, cómo no se ha debido a
un mero deseo de retirarme del Gabinete mi re-
tirada del mismo. ¿Cómo he de tener deseo de
separarme del Gabinete, si siempre estoy con él,
si el Gabinete está en la revolución, y la revolu-
ción siempre me tendrá? (Bien, bien.)

Pero, señores, cuando la revolución proclamó
y dijo que los fueros del Parlamento estaban en
desuso, ¿qué cuestión más parlamentaria puede
presentarse para la salida de un ministro? ¿Cón-
tra mí podía yo estar sentado en el banco minis-
terial, no estando conforme en una cuestión tan
magna, tan trascendental para los futuros des-
tinos de mi patria? No abandonaré este perio-
do, señores diputados, sin sincerarme de un car-
go que a mi modo de ver se me dirije injusta-
mente.

Se ha dicho que soy intransigente en una cues-
tion dada. No es cierto, señores. Acordaos que
se supuso una solución a la cual accedí; a la
cual di mi humilde voto: no he puesto objecio-
nes a otra; pienso, sí, como todos los señores
diputados saben, en una solución, mi punto ob-
jetivo después de la revolución. Pero ¿es que he
tratado nunca de imponerla? ¿Es que he tratado
siquiera de impugnar la que se propone? No, se-
ñores diputados, no. Siempre he creído que
todos nosotros estábamos aquí comprometidos a
aceptar lo que determinase la mayoría de esta
Cámara.

Hasta ese momento puede tener cada diputa-
do convicciones propias; desde ese instante, des-
de que se votó, desde que se votó, desde que se
deseo de los señores diputados; desde que se votó
momento aquel será mi rey y lo defenderé; yo os lo
prometo en mi nombre y en el de la marina.
(Bien, bien.)

Con respecto al candidato dado, permitidme,
señores diputados, que yo recuerde alguna de
las palabras que dije en una sesión secreta. Dije
que ese candidato que aparecía hoy de la mayo-
ría, tenía un título que desde luego le atraía las
simpatías de todo el mundo, cual es la juven-
tud. Yo añadía, señores diputados: si á ese jó-
ven que deseais traer le hacéis amar los usos y
costumbres del país; si á ese jóven, vosotros los
grandes patriotas que por doquier vais en der-
redor mío, tendiendo la vista desde el sitio de
la presidencia, a todos lados de un pueblo libre,
señaléis el difícil arte de aconsejar, porque cuando
el pueblo henchido de júbilo y de agradecimien-
to os rinde tributo de admiración, y en ese mag-
nífico cuadro se destacan dos grandes figuras,
las de los señores duque de la Torre y conde de
Reus, yo volveré la vista a los marinos que me
siguieron el día 17 de Setiembre y les diré: «Al-
guna gloria tenemos; nosotros la tragamos.»
(Aplausos.)

Llego, señores, al punto más difícil que me
toca explicar con respecto a la constitución del
ministerio homogeneo. Y aquí, señores dipu-
tados, permitidme que por primera y única vez haga
uso en este sitio del manifesté que dirigí a mi
querida ciudad de Cádiz al anunciarle el levan-
tamiento de la marina:

«Expuestos los motivos de mi proceder y del
de mis compañeros, os diré nuestras aspira-
ciones.

Aspiramos a que los poderes legítimos, pueblo
y trono, funcionen en la órbita que la Constitu-
ción les señala, restableciendo la armonía ya ex-
tinguida, el lazo ya roto entre ellos.

Aspiramos a que Cortes Constituyentes, apli-
cando su leal saber y aprovechando lecciones,
harto repetidas, de una funesta experiencia,
acuerden cuando conduzca al restablecimiento
de la verdadera monarquía constitucional.

Aspiramos a que los derechos del ciudadano
sean profundamente respetados por los Gobier-
nos, reconociéndoles las cualidades de sagrados
que en sí tienen.

Aspiramos a que la Hacienda sea rija moral é
ilustradamente, modificando gravámenes, extin-
guiendo restricciones, dando amplitud al ejer-
cicio de toda industria lícita y ancho campo a la
actividad individual y al talento.

Estas son, concretamente expuestas, mis as-
piraciones y las de mis compañeros. (Os asocia-
is a ellas sin distinción de partidos, olvidando pe-
queñas diferencias que son dañosas para el país.)
Obrando así labraremos la felicidad de la patria.
¿No hay posibilidad de obtener el concurso de
todos? Pues haga el bien el que para ello tenga
fuerza.

Nuestros propósitos no se derivan de afección
especial a partido determinado: a ninguno per-
tenecemos; los reconocemos a todos buen deseo,
puesto que a todos los suponemos impulsados
por el bien de la patria, y esta es precisamente
la bandera que la marina enarboló.

Y ahora bien, señores diputados: el que no
pertenece a partido alguno determinado, y que
pertenece en cuerpo y alma a la revolución,
¿puede estar en un ministerio homogeneo, mi-
nisterio que diga conveniente para una solución
dada, ó debe estar en el seno de la mayoría,
donde existe la conciliación? Porque esta no se
ha roto, ¿no es verdad, señores diputados? No
debe, no puede romperse, cuando menos, hasta
llegar al término final de la gloriosa obra de la
revolución de Setiembre. (Bien, bien.)

Y aquí, señores, concluiría si no tuviese que
dirigir algunas palabras, tanto políticas como
particulares, al señor presidente del Consejo de
ministros. Grandes lazos nos han unido en una
noche célebre: el nombre de S. S. y el de otra
elevadísima persona han estado unidos al mo-
desto mío; juntos hemos corrido privaciones,
juntos hemos sufrido todos los sinsabores del
Gobierno, juntos hemos recibido los plácemes;
juntos hemos de ir, señor conde de Reus, a la
conclusión, al término de la obra revolucio-
naria.

En cuanto al particular, el señor conde de
Reus me ha dirigido algunas palabras a que no
puedo responder. Son tan cariñosas, son tan
sinceras, que no sé más que sentirlas, no ex-
plicarlas. Yo le dije al señor conde de Reus días
pasados en una sesión familiar: en la niñez y en
algunos actos solemnes de la vida se contraen
amistades que acompañan al hombre hasta la
tumba: la mía, señor conde de Reus, le acompa-
ñará a S. S. siempre, y si Dios tiene determinado
que S. S. y la elevadísima persona a quien aludo,
y que no nos ovan, me sobrevivan; si alguna
vez llegan a saber S. S. mi fin, y una lágrima
viene a empañar los ojos de S. S., no se ruborice
el corazón elevado del señor conde de Reus;
ella le dirá que ha perdido a un amigo, y un
amigo es una pérdida irreparable. (Aplausos na-
turales.)

Yo, señores diputados, creo haber explicado
en breves frases, no correctamente, pero como
me ha sido posible, mi conducta: he creído de-
ber dar estas explicaciones a vosotros y a mi
país: vosotros y mi país que juzguen; a vuestro
fallo me someto. (Aplausos.)

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS (marqués de los Castillejos): Yo he oído
con recogimiento y conmovido las sentidas fra-
ses pronunciadas por el Sr. Topete. No volveré
del Gabinete; bastarme a mí, como bastará a to-
dos, las palabras elocuentes, aunque S. S. se
modeste, creo que no es elocuente, y lo es verda-
deramente con la elocuencia del corazón; bastarnos
a todos las explicaciones sinceras, satisfactorias
y llenas de alma que ha pronunciado el Sr. To-
pete; y a fin de que no se pueda nunca crear por
nadie que a consecuencia de la salida del Sr. To-
pete y de las conversaciones más ó menos vigo-
rosas que hayamos tenido ha quedado el menor
desvío entre S. S. y yo, permitame S. S. que
desde aquí le dirija un abrazo, para que todo el
mundo sepa que le quiero como a mí mismo, co-
mo a un hermano, y que toda mi alma y mi vida
van en este abrazo.

El Sr. Salazar y Mazarredo pide al señor mi-
nistro de Ultramar que envíe un telegrama a
Cuba manifestando que la conciliación no se
ha roto, pues los rumores de ese desastre, si se
hubiera verificado, perjudicaría mucho allí la
causa nacional.

También dice que se ha recibido un telegrama
en el que se participa que va ya extinguién-
dose la insurrección y que se espera que pronto
dominada.

Se acuerda que mañana se reúna el Congreso
en sesiones después de la sesión pública.

Se levanta la de hoy a las tres y media.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 8.—Asegúrase que el príncipe de la
Tour d'Auvergne insiste en presentar la dimi-
sión; pero se creen sin fundamento estos ru-
mores.

VIENNA, 8.—Las noticias que se tienen sobre la
insurrección Dalmata son favorables al Gobier-
no. Los rebeldes han sido derrotados en todos
los encuentros y se considera terminado el mo-
vimiento insurreccional.

Confirmando, según comunicaciones oficiales
dirigidas al representante de Austria en Roma,
que el Gobierno está resuelto a permanecer com-
pletamente ajeno a las deliberaciones del Con-
cilio ecuménico, siempre que se trate de menoscabar
los actuales derechos del Estado.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 9 DE NOVIEMBRE DE 1869.

LA SOLUCION MAS VERGONZOSA.

Dos cosas han venido en los dias pasados a encender las casi extinguidas esperanzas de los alfonsinos: la primera, la salida del Sr. Topete, síntoma del total divorcio de la union liberal y el progresismo; la segunda, la noticia del manifiesto de doña Isabel de Borbon, en el cual dicese que se hace la promesa de entregar al joven principe a la revolucion para servir de bandera comun a todos los partidos liberales.

El primero de estos hechos era indudablemente motivo para regocijarse a todos los que desean el imperio del orden y de la justicia y no el del pandillaje y la cabala; mas el segundo solo podia alegrar a aquel escaso número de gentes que, por aquello de que se deben tomar las cosas como vienen, anhelen por hermanar la justicia con el crimen, el principio de autoridad con el principio de insurreccion, el derecho fundado en la ley con el capricho de asambleas discolias, rebeldes y sin ningun género de verdadera representación.

Así ha sido en efecto. La noticia de que Doña Isabel de Borbon prometia transigir, ha hecho dar saltos de alegría y de esperanza a la gravísima *Epoca*, para quien el mundo y la vida no son sino una serie de transacciones con el demonio, que el hombre debe hacer para evitarse todas las molestias consiguientes a una resistencia enérgica contra los asaltos del mal.

Es natural que *La Epoca* se regocije. Nosotros, si fuéramos capaces de desear el daño y la deshonra del prójimo, nos regocijaríamos tambien al ver de qué fácil manera los consejeros de Doña Isabel de Borbon habian inutilizado a D. Alfonso, haciéndole cómplice de los crímenes revolucionarios, engañándole en el seno de los partidos liberales y poniéndole al nivel de Tomasillo el de Génova ó de D. Fernando de Coburgo.

Políticamente hablando, nada mejor podía sucedernos a los carlistas que la anulacion del principe Alfonso como representante de algo contrario a la revolucion y a la inmoralidad de los partidos. Porque es la verdad que muchas personas decentes, honradas y amantes de su patria, comprometidas con la real familia destronada en Setiembre, ansiaban la solucion del principe D. Alfonso mientras en este podia verse un principio opuesto al principio revolucionario; mientras D. Alfonso podia venir en el liberalismo de su augusta madre. Pero desde el momento en que su augusta madre menospreciando el apoyo de esas personas de principios conservadores, entregó a su hijo para que sirva de bandera a los partidos revolucionarios, las personas a que aludimos, decentes, honradas y amantes de su patria, se ven forzadas, oyendo los gritos de su noble corazon, a abandonar una causa que es sinónimo de la causa de Prim y tiene muchos puntos de contacto con la de Suñer y Capdevila.

Seguramente que si este caso llega, como llegará, no habrá excusa ninguna para mantenerse fiel a quien abandona a sus antiguos servidores y adictos por transigir con los rebeldes y traidores.

No habrá razon de derecho, porque, puesto caso que antes lo hubiera, pierdesse en cuanto se renuncia, y se renuncia en cuanto se reconoce la legitimidad de las leyes revolucionarias que derogan las leyes justas. Por hacer este reconocimiento, solo en hipótesis, D. Juan de Borbon fué abandonado del partido carlista, que vivió en aquel acto contrario a las leyes fundamentales del país, en donde el principe D. Juan apoyaba su derecho, una verdadera abdicacion de la legitimidad. Pues la entrega de don Alfonso, hecha por su misma madre, a la revolucion que ha proclamado la libertad de los impíos, de los concubinos y de los corruptores de la sociedad, y que ha dicho solemnemente que no reconocerá las decisiones del Concilio, es una abdicacion tan completa y espresiva de los derechos que pudiera tener esa rama, como si doña Isabel de Borbon la declarase en documento público firmado y rubricado.

Tampoco habrá razon de gratitud, porque en el mero hecho de reconocer en los revolucionarios mayor capacidad para regir al país en nombre del principe menor, se indica que los antiguos y leales servidores ni son capaces ni dignos de desempeñar este importantísimo cargo, y se les acusa, en cierto modo, de haber dirigido malamente los intereses de la patria y de la dinastia. Porque si los dirigieron bien, no hay motivo ninguno para abandonarlos por estos que los dirigen mal.

Se ve, pues, lógicamente que esas personas, menospreciadas por doña Isabel de Borbon, han de cobijarse bajo nuestra bandera, que, sean cualesquiera las circunstancias del mundo y las exigencias de los malvados, no pierde ni querrá Dios que pierda nunca su pristina pureza y su honra immaculada.

Por este lado, la abdicacion de la augusta

hija de Fernando VII, lejos de perjudicarnos, viene en auxilio nuestro, porque será motivo para que se engruesen nuestras filas con agnerridos y valerosos soldados.

Pero si por parte de la persona que hace la abdicacion es un acto cuyo carácter basta para ahuyentar del lado del principe Alfonso a todos los que estiman en más que los puestos oficiales su propia decencia, su honradez y la dicha de la patria, por parte de las personas que han de aceptar esa abdicacion, es el acto más vergonzoso que puede dar de sí el motin militar de Setiembre.

Seria preciso recordar todas las inmundas acusaciones que se han lanzado sobre aquella desdichada é ilustre familia, por la union liberal, el progresismo y la democracia de consuno: seria preciso estereotipar aquellas frases del manifiesto de Cádiz que empezaban: «Sepan nuestras esposas y nuestras hijas...» etc., al pie de las cuales palabras estaban inscritos los nombres de Serrano, Topete, Caballero de Rodas, Dulce y demás generales unionistas; seria preciso que estos recuerdos se grabasen en una columna de granito, para que sirviese de monumento perpétuo de ignominia, y nuestros hijos fuesen allí a maldecir de los partidos liberales, que a tan vergonzoso extremo llevaron, con su propia deshonra, la deshonra de la patria.

Mas no sucederá esto, porque es demasiado pronto todavía. Por osada y descocada que sea la union liberal no se atreverá a desafiarse la opinion pública, volviendo al cabo de un año a decir su *mea culpa* despues de visto lo visto. No; dejará que pase algun tiempo y verá si aun es posible introducir a Montpensier por alguna rendija de la revolucion, y si esto no se logra y los progresistas se empeñan en traer un rey suyo, la union liberal tomara en hombros al principe Alfonso, coronando con este hecho la historia de un motin vergonzoso, realizado por un partido sin vergüenza.

Mas llegue ó no este caso, sepa *La Epoca* y sepan todos los que piensan como *La Epoca*, que nosotros no nos asustamos de esta solucion por lo que aquellos suponen nos pueda perjudicar, si no por los males inmensos que ha de traer a esta pobre España, que parece condenada a no tener nunca un Gobierno formal y respetable. Ha crecido mucho la democracia para que un principe salga sin novedad de una regencia de cuatro ó seis años. Hay muchas ambiciones encontradas, hay muchos intrigantes, hay muchos bribones en esta noble tierra para que pueda vivir tranquilo un Gobierno revolucionario.

No; no vendrá el principe Alfonso por más que quieran poner el gorro frigio sobre su tierna frente: pero si viene, no temblaremos por nuestra causa, temblaremos por la suerte de ese niño que al fin es un pobre niño, y por la suerte de España que tendrá todavía que sufrir hondas convulsiones antes de que luzca el astro de la paz y del orden.

TERNURA PARLAMENTARIA.

Entre los muchos espectáculos que nos han ofrecido las Cortes en la temporada revolucionaria, el de la sesion de ayer fué de los más interesantes y conmovedores. Allí se vió de todo un poco: ejemplos de admirable abnegacion por el bien de la patria; sacrificios, protestas de amistad imperecedera, discursos patéticos, promesas solemnes, quejas, suspiros, aplausos, vítores y hasta abrazos: pedir más fuera gollería.

Si conoceremos nosotros al general Prim! Somos sus adversarios políticos, eso sí; pero sus cualidades no se las hemos negado nunca. Cuando hace pocos dias dábamos cuenta de que había empeñado solemnemente su palabra de retirarse del poder, si el Sr. Topete hacia dimision de su cargo, decíamos nosotros: creemos que el general Prim, a pesar de la palabra dada, se resignará a quedarse en el Gobierno por el bien de la libertad y de la patria. Un hombre como el general Prim, ¿había de dejar el espinoso sillón ministerial por tan poca cosa? ¿Qué diría el país? El que ha sabido saltar por cima de todo para subir al poder y hacer en él libre y feliz a España, ¿había de dejarse temeroso lugar lleno de privaciones y peligros porque hubiese tenido la debilidad de prometerlo? El hombre de levantado patriotismo sabe, cuando es preciso, sacrificarse a la patria.

Por eso el general Prim se ha impuesto ahora con gran dolor de su corazon el sacrificio de no cumplir su palabra. Lo habíamos previsto: no dirán los revolucionarios que siempre atacamos violentamente a sus prohombres. Esta vez, por lo menos, hacemos plena justicia al general Prim.

Comprendemos que este hablara en la sesion de ayer muy conmovido y con cierto embarazo. Por muy acostumbrado que un hombre esté a hacer sacrificios, y por muy conocidos que estos sean, siempre padece la modestia cuando tiene que hacerse en público uno nuevo. El general Prim debió, pues, sufrir mucho ayer al verse obligado a manifestar ante los padres de la patria que sacrificaba al bien de la misma su palabra: «sacrificio penoso, añadió el conde de

Reus, pues todo el mundo sabe que soy rígido observador de mis palabras.»

Así lo entendieron, sin duda, los representantes del pueblo, y quisieron demostrar al general Prim su aprecio y estimacion, para aliviarle de la pena que experimentaba. Cuando el conde de Reus daba las razones que había tenido para sacrificar su palabra, la Cámara le dijo que había obrado bien, manifestándole espontáneamente que no debe retirarse del poder. Tan espontánea fué esta demostracion, como que el general Prim se limitó a preguntar dos veces a los diputados. Dijoles una: ¿creen los señores diputados que es más conveniente que yo sostenga mi palabra, ó que diga francamente: creo que no me debo marchar? Los diputados debieron ya conmoverse interiormente; pero pasados breves momentos, cuando el general Prim se concretó a decir: yo pregunto a los señores diputados para que con un signo me hagan comprender si ó no; ¿creen que yo debo retirarme de este sitio? Un ¡no! vehementemente y espontáneo resonó en la Cámara; los diputados no pudieron contenerse; el general Prim les pedía una señal, y ellos le dieron un grito; entonces se sentó el general diciendo: me basta con eso: me quedo. Y efectivamente, se quedó.

Juzguen, pues, nuestros lectores, si seria interesante la sesion. Y han de saber además que no se concretó el general Prim a explicar su conducta, que por lo patriótica a nadie podia servir de pretexto a la murmuracion: dijones tambien el conde de Reus que la conciliacion no se ha roto, que la revolucion vive, que la salida del Sr. Topete no significa nada, por más que sea un acontecimiento que sienta en el alma el presidente del Consejo por separarse de un amigo querido; y por último, que el señor Topete y la union liberal se hallan poseidos del más ardiente y elevado patriotismo.

Lo mismo dijo el Sr. Topete al explicar las causas que había tenido para salir del ministerio. Son estas las mismas que tuvieron los Sres. Silvela y Ardanaz, y se resumen en una sola: la divergencia de opinion con los demás ministros en la cuestion de monarca. Si los Sres. Ardanaz y Silvela salieron del ministerio por esta cuestion, decía el Sr. Topete, ¿con cuánta más razon no debía salir yo que combatí más duramente que ellos la solucion propuesta? Aparte de esto, el Sr. Topete dijo que permanecia en el seno de la conciliacion, que seria fiel a la causa revolucionaria y amigo del general Prim *usque in aeternum*.

La dichosa conciliacion es una maravilla; mas fuerte está. Salen del gabinete ministros y ministros, hay cambios y crisis constantes, pierde el Gobierno una de las tres columnas de la revolucion, los unionistas no caben con los progresistas; pero no importa: la conciliacion firme. Serrano, Topete, Rios Rosas con la union liberal entera están discordes con los radicales en la insignificant cuestion de rey y en otras menudencias por el estilo. Pero todas estas divergencias son cosa baladí: la conciliacion no padece nada por eso; lo que quiera la mayoría, personaje mítico pero poderoso de la conciliacion, eso será defendido por todos.

Prenda segura de ello son las palabras pronunciadas en la sesion de ayer por los señores Prim y Topete; y ya se sabe que las palabras de estos hombres se cumplen siempre, salvo el caso de que el bien de la patria exija otra cosa. Topete conmovido prometió en su nombre y en el de la marina defender al rey que traigan las Cortes y estar siempre al lado de la conciliacion, y Prim se entusiasmaba ante el perfecto acuerdo de reina y reinará entre los elementos liberales.

¿Qué faltaba ya a la sesion para tranquilidad completa y confianza inquebrantable de la patria? Tras de la armonia de los partidos y doctrinas la union de las personas. El Sr. Topete prometió con voz balbuciente y temblorosa ser fiel hasta la muerte al general Prim, a quien pidió que, si le sobre vive, derrame una lágrima a su memoria; y el general Prim, con voz más conmovida y turbada todavía, envió toda su alma y toda su vida al señor Topete en un abrazo que desgraciadamente no pudo dar, porque el Sr. Topete estaba cuatro bancos mas arriba con varios amigos de la union liberal.

Poco despues terminó la sesion. ¿Qué hubieran podido hacer ni hablar los padres de la patria, afectados como estaban por tan patéticas escenas?

INTERMITENCIAS DE «LA ÉPOCA».

Un periódico solo de los innumerables que ven la luz pública en Madrid, defiende la candidatura del hijo de la reina Isabel para el trono de España. Mas no se crea que el periódico a que nos referimos defiende esa candidatura con entusiasmo, ni siquiera con el calor de la conviccion, nada de eso; sus inclinaciones alfonsinas experimentan eclipses más frecuentes y durables que los de los grandes lumineros del firmamento. Por extraño que esto parezca, no debe sorprendernos, si pensamos que el adalid del principe Alfonso no tiene la luz propia

del derecho, y que por lo tanto forzosamente ha de quedar a oscuras tan pronto como logra interponerse entre él y su protegido un cuerpo opaco. Este cuerpo opaco es para *La Epoca*, periódico de que hablamos, la augusta madre del niño D. Alfonso. ¡Madre infeliz a quien repelen los protectores mismos de su hijo! ¡Madre desgraciada cual ninguna, a quien gentes sin corazon, políticos sin entrañas ponen en la cruel alternativa de renunciar a la esperanza de ver en el trono a su hijo, ó de entregarlo, no ya a los que la arrojaron ignominiosamente de ese trono, que esto fué poco, sino a los mismos que la deshonraron y se han gozado hasta ahora en su deshonra!

En esta alternativa mortal para toda madre y más aun para toda madre española, porque en España las señoras son todas altivas, no es extraño que doña Isabel de Borbon haya fluctuado durante más de un año entre su corazon de madre y su dignidad propia. Esto explica, por qué se ha dicho y repetido a cada paso que la hija de Fernando VII estaba a punto de sucumbir a las reiteradas instancias de algunos liberales, sin perjuicio de asegurarse al siguiente día que la desgraciada señora había al fin reconocido lo que de ella exige su decoro, y despedido de su lado a personas que la aconsejaban su propia deshonra. Esto explica tambien los eclipses de *La Epoca*, periódico que al día siguiente de publicar una brillante defensa del principe Alfonso, mostrábase indiferente con el hijo de Isabel II, y hasta llegaba a desear que las Cortes Constituyentes le diesen pronto un rey, si quiera fuese de palo, ante el cual pudiera el diario de la calle de las Torres quemar algun incienso y hacer la presentacion de sus clases conservadoras.

No es más decidido el único adalid que hoy tiene la candidatura del principe Alfonso, en la tierra donde tantas mercedes sembró su madre durante 35 años de reinado.

Excusado es que digamos que hoy toca a *La Epoca* brillar con toda la luz de su inteligencia en pró del principe niño. Los noticiarios que se tienen del célebre manifiesto no son para menos. El corazon de madre triunfa al cabo en la reina Isabel, y a la posibilidad de que su hijo reine, sacrifica, segun parece, su dignidad propia. Verdad es que el sacrificio no se consuma todavía, mas se levanta el altar donde ha de hacerse y se prepara la leña que ha de consumir, con gran satisfaccion de los enemigos de Isabel II, la envidiable firmeza de carácter, con que se mantenía en su puesto la augusta desterada: ¡infeliz! Ha olvidado la serie de sacrificios que ha hecho por su hijo, al abandonar durante su reinado; sacrificios que la tienen en el destierro, y ahora pretende volver a España por medio de otro sacrificio más que ni comprende ni aprecia el partido a que lo dedica. ¡Egoísmo! gritarán los progresistas tan pronto como Isabel II se decida a entregar a su hijo. ¡Los reyes no tienen entrañas! exclamarán los republicanos en vista de la conducta de la ex-reina. ¡Ese niño, ó es un monstruo, ó vengará un día a su madre! dirán con razon los unionistas. Y hasta los mismos moderados abandonarán a su reina, porque su reina la primera los echa de su lado y los exime del juramento de fidelidad, reconociendo la soberania del pueblo, principio que destruye toda legitimidad, y de coniguiente los deberes de súbdito.

Isabel II no quedará sola sin embargo: con ella estará *La Epoca*, *La Epoca* que vale por mil. Véase sino la brillante y profunda defensa que hace anoche de aquella señora, conteniendo con *El Imparcial*:

«El trono de doña Isabel II no representó nunca el derecho divino: las Cortes en que fué jurada aquella princesa, las de 1834, las Constituyentes de 1836, y sobre todo, las de 1854, dieron a aquel trono la base y la sancion populares. Ese derecho, esa doble legitimidad subsiste aún, no ha sido por nadie ni por nada derogado. Si la revolucion en sus primeros dias gritó ¡abajo los Borbones! tambien gritó separacion de la Iglesia y del Estado, monarquia electiva, abolicion de la pena de muerte, y multitud de cosas que no ocupan lugar en la Constitucion, ni han sido aceptadas por la Asamblea soberana.»

Dice bien *La Epoca*: el trono de Isabel II no representó nunca el derecho divino y buena prueba es de ello su reinado, durante el cual se hizo tan cruda guerra al cielo. Forzoso le fué, pues, a Isabel de Borbon buscar el auxilio de los hombres, y lo halló en efecto en las Cortes en que fué jurada y en las de 1854, 1856 y 1854. Por eso cayó al día siguiente de faltarle el apoyo, por eso tuvo que buscar a toda prisa asilo en tierra extraña, por eso al pisar en Francia y respirar por vez primera, libre de la opresion liberal, no tuvo valor para protestar contra todo lo que había hecho y para llamarse reina de España por la gracia de Dios. Lejos de eso siguió invocando la Constitucion, alegó sus servicios al liberalismo, y hasta se escudó en la irresponsabilidad de los monarcas segun los sistemas liberales. Isabel de Borbon, pues, lejos de representar en el trono el derecho divino como dice bien *La Epoca*, es la primera, a juzgar por su conducta en el trono y fuera del trono, que duda cuando menos del derecho que algunos le suponen a ocuparle.

Extraño es, por lo tanto, que para defenderla hable *La Epoca* de derecho y de legitimidad doble, como persona que no entien-

de lo que es derecho ni legitimidad siquiera; pero sobre todo es más extraño que un diario liberal, como tiene a gala serlo el de la calle de las Torres, se atreva a sostener que ese derecho y esa legitimidad doble subsistan todavía en doña Isabel II por no haber sido por nadie ni por nada derogados.

¿Con que el derecho al trono que, segun *La Epoca*, otorgó a Isabel II el pueblo, y la legitimidad de que la invistió subsisten despues de haberla arrojado ese mismo pueblo ignominiosamente, no ya del trono sino de tierra española? Disparate semejante no lo habría proferido un aprendiz de liberal, cuanto menos debíamos esperar de *La Epoca*, que con frecuencia se gloria de su experiencia política.

O *La Epoca* cree en el derecho legitimo de doña Isabel de Borbon al trono de España, ó no. Si lo primero, debe reirse de cuantas resoluciones tome la revolucion contra ese derecho ya en las calles a viva fuerza, ya pacíficamente en los Parlamentos: si lo segundo puede contar con los muertos a su protegida, porque el pueblo soberano que se dignó reconocerla como monarca, se ha dignado despues declararla cesante, en uso del derecho que, *La Epoca* la primera, otorga al pueblo. En este caso abogue cuanto quiera este periódico por el principe Alfonso; pero no tenga en cuenta para ello que este niño es hijo de Isabel II, sino alegue que es español, que es desgraciado ó las razones que más le cuadren.

Entonces nosotros no sabremos qué oponer a los argumentos de *La Epoca*, porque quien no está hoy convencido de la conveniencia de traer a España un niño, con quien los liberales puedan recrearse durante algunos años?

Decididamente *La Política* se ha propuesto sacar de sus casillas a los cándidos progresistas. En dos dias seguidos, cuando no en uno mismo, los lisongea y los combate, defiende la necesidad de la conciliacion y la declara rota, reconoce la conveniencia de un Gabinete homogéneo y censura a los progresistas por su exclusivismo, prodiga a los personajes progresistas los epítetos más halagüeños y pone en solfa su conducta; en fin, *La Política* tiene mareados a los progresistas, los lleva y los trae a su placer, obligándoles un día a decir que los unionistas son muy buenos señores y otro día que no hay que fiarse de ellos. Pero la principal victima de ese carácter jugueton de *La Política* es *La Iberia*. Tan trastornado está este periódico con las travesuras del órgano unionista, que ya no sabe cuándo ha de ponerle buena ó mala cara, cuándo ha de tenderle la mano de amigo ó retirársela.

Por ejemplo. El sábado publicó *La Política* un artículo terrible contra la candidatura del duque de Génova y altamente ofensivo para los progresistas. *La Iberia* debió verlo el sábado mismo, y pudo haber contestado en su número del domingo; pero como *La Política* había hablado mucho el día antes de la conciliacion, de la necesidad de conservarla, etc., *La Iberia* encontró sin duda muy inocente el referido artículo del diario unionista: y lejos de incomodarse salió ayer predicando conciliacion, y haciendo las declaraciones más lisongeras y cariñosas en favor de los unionistas. Sin duda alguna algun mal intencionado ha llamado despues la atencion de *La Iberia* hacia el artículo de *La Política*, y descubriéndole la picara intencion en que estaba escrito, le habrá dicho que se debía incomodar. Y en efecto, *La Iberia* se ha incomodado, y llevado de indignacion progresista contesta hoy al artículo de *La Política* del sábado con una energia que asusta.

Titulábase el artículo del diario unionista: *¿Quién habla ya de eso? Eso es la candidatura de D. Tomas*, la cual desde la misma noche en que se celebró la famosa votacion que dió a conocer los partidarios que tenía aquel principe, pasó en concepto de *La Política* a la historia de las necedades frustradas. Ya esta frase es bastante fuerte, y no sabemos cómo hasta hoy no ha caído *La Iberia* en la cuenta; pero no es lo más grave que contiene el artículo de que hablamos.

La Política entre otras razones para tener por desechada la candidatura del duque piamontés, aduce la de la desairada votacion que obtuvo aquel niño y acerca de ella escribe uno de los párrafos más importantes de su artículo. Redúcese este a un examen hecho en globo de los votos que han dado los diputados en pró y en contra de don Tomas.

Los 117 votos que obtuvo este candidato pertenecian, segun *La Política*, a un partido político organizado recientemente con los restos de dos antiguos partidos *constantes revolucionarios sin ventura*, mientras que los 63 votos en contra del principe italiano «representaban a otro partido político, el más poderoso y eficaz que ha militado en España hace muchos años, partido que arrojó de la cámara régia a doña María Cristina y al moderantismo en 1834; que salvó a doña Isabel II en 1856; que le volvió a salvar al cabo de diez años, y que, al convencerse de que esta señora y su descendencia eran incompatibles con

las libertades españolas, derribó dinastía y trono hace trece meses, precisamente en un tiempo en que los citados partidos revolucionarios de profesión se declaraban, por medio de un célebre folleto, y después de infortunadas tentativas, impotentes para romper el vergonzoso yugo que oprimía la frente de la patria.

En nuestro concepto no se ha escrito cosa más grave contra la conciliación liberal que las líneas precedentes de *La Política*: no se ha dirigido un tiro de más funesto efecto a la unión de los partidos que vencieron en Setiembre. Ese párrafo quiere decir lisa y llanamente: «¿Quiénes sois vosotros progresistas y demócratas para imponeros un candidato, ni qué rey puede venir confiando en vuestros votos? si todo el poder está de nuestra parte y cuanto sois nos lo debéis a nosotros? ¿Cuándo habéis dado pruebas de vuestra fuerza? ¿Cuándo habéis luchado con nosotros sin ser derrotados?»

Continuando todavía en el análisis de los votos, dice *La Política* que entre los 117 votantes que se declaran por el duque de Génova había cerca de 80 empleados de categoría media en su mayor parte, y 25 individuos sujetos a elección. En cambio entre los 63 que se declaran en contra se contaban, según *La Política*, altos funcionarios que se colocaban en frente del Gobierno, dos ministros que dimitían sus carteras, el iniciador de la revolución Sr. Topete, diez ex-ministros y figuras políticas de primer orden como el Sr. Ríos Rosas. Y esos 63 diputados, supone el diario unionista, que a demás de representar a la España monárquica liberal o liberal conservadora, dejaban tras de sí, sin contar a los históricos monárquicos repartidos entre D. Alfonso, don Carlos y D. Carlos, a las clases conservadoras, a la inmensidad de útiles y pacíficos ciudadanos indiferentes en política que no tenían candidato fijo, que esperaban de la revolución un rey y no un niño a quien matarían los hombres políticos, y que en vista de lo ocurrido en la votación arriba mencionada, se declaran hoy, dice *La Política*, por Montpensier.

No se tome a aventuramiento si suponemos que ni *La Política* ni el partido a quien representa han creído jamás que pueden contar con el apoyo de esa inmensidad de útiles y ciudadanos pacíficos a quienes alude. *La Política* es bastante avisada para no engañarse en punto a las fuerzas con que su partido cuenta en el país, y si puede creer con más o menos razón que tiene a su lado con su cuenta y razón a ese exiguo grupo que llama la España monárquica liberal o liberal conservadora, no puede forjarse ilusiones respecto a la inmensa mayoría del país que detesta todavía un poco más que a los progresistas a los turbulentos unionistas. Pero a pesar de esto, no es posible negar que la historia en la mano que la unión liberal ha contado, hasta ahora, con más fuerza y más medios de acción, como partido revolucionario, que los progresistas y demócratas juntos. ¿Seguirán unos y otros en las mismas condiciones? No lo sabemos: los progresistas creen que no.

El artículo que escribe *La Iberia* en contestación al de *La Política*, se titula: *De lo que hablamos y de lo que no hablamos*. En él, a vueltas de decir que el candidato del duque de Génova es cada día más popular, y de asegurar que su elección será pronto un hecho, se hace cargo de los ataques que *La Política* dirige a progresistas y demócratas, y añade que eso es una provocación a un combate en que no habrían de quedar muy bien parados los provocadores. El diario progresista supone que los elogios que *La Política* hace de la unión liberal y de sus hombres, van encaminados a causar sensación en el extranjero, y a influir fuera de España en contra de la elección del duque de Génova, y amenaza a *La Política* con hacer la historia del partido unionista, con escribir las biografías de esos hombres procedentes del moderantismo, que siempre han estado arriba, y colocar en paralelo a los hombres de la unión con los del progreso.

Suplicamos a *La Iberia* que lleve cuanto antes a cabo su amenaza, y no lo decimos por gozar del espectáculo que ofrecen las riñas entre compadres; no, lo decimos porque a fuer de patriotas deseamos que el pueblo conozca a los hombres que le gobiernan. Hable *La Iberia*, que estamos prontos a leer con la mayor atención, y a reproducirlas si es menester las biografías que publique de los hombres de la unión.

No es fácil definir el estado en que se encuentra la unión liberal. Días há que nosotros la dimos por muerta, y a cada momento que pasa creemos más evidente su fallecimiento. La verdad es que ya no se ve por ninguna parte a la unión liberal. Unas veces parece que se vá con el príncipe Alfonso, y resulta luego que no hay sino tres o cuatro personas que se inclinan a esta solución, como Cánovas, Posada Herrera, Bugallal y algún otro: otras vemos que defendiendo rabiosamente a Montpensier, y bien examinada la falange montpensierista, toda ella está reducida a la redacción de *La Política*, compuesta tal vez de la fracción de Alarcón, Navarro y Rodrigo, etc.: por último, *La Iberia* nos asegura hoy, y nosotros lo creemos sin vacilar, que el brigadier

Topete, el general Izquierdo y todos los que están en el caso de estos señores, han declarado que hacen el sacrificio de sus convicciones en aras de lo que determine la Asamblea Constituyente.

Si después de estas numerosas fracciones contamos con la de quien se dice que no pasó el puente de Alcolea, formada por los Alonso Martínez, Calderón Collantes, Echagüe, Salaverria y demás, vendremos a parar en que la unión liberal es un recuerdo, pero no un partido; un nombre, no un hecho.

Cierto que el vicalvarismo siempre fué una agrupación de hombres pertenecientes a la escuela liberal, dispuestos a transigir con el credo de cualquiera de los partidos de la secta, pero intrínsecos en tratándose de abandonar el poder. Mas durante la vida del general O'Donnell, la unión, haciendo un pisto de las doctrinas progresistas y moderadas, tuvo hasta cierto punto, principios determinados y sobre todo, un jefe reconocido ante cuya autoridad toda disidencia cedía, excepto la perpetua y característica disidencia del Sr. Ríos y Rosas que no cede ante nada ni ante nadie.

Hoy, dividida en banderías y con un jefe de cuya iniciativa no se ve muestra alguna, la unión liberal dá motivo a que *La Iberia* diga con verdad en un mismo número que la conciliación no se ha roto, porque muchos unionistas están dispuestos a acatar el fallo de las Constituyentes, y luego enderece un artículo contra *La Política* y sus secaces que no hay más que pedir.

Y cuenta que esto no es contradicción en *La Iberia*, sino natural consecuencia del estado disolvente en que se halla la unión liberal.

En una palabra, la unión liberal propiamente hablando, no existe: solo hay unionistas de diferentes matices que andan por esos mundos de Dios viendo qué candidato ofrece más seguridades de dar destinos y mantener en ellos a los desinteresados héroes del Campo de Guardias y de la fragata *Zaragoza*.

No hay que negar que *La Epoca* suele estar sensata algunas veces. En la lucha que ha emprendido contra la candidatura del duque de Génova, emplea de vez en cuando argumentos potisimos y hace observaciones tan juiciosas que no parecen emanadas de un periódico doctrinario.

La Epoca supone con fundamento que si el duque de Génova ha de ser aceptado por un plebiscito después de votado por las Cortes, el duque de Génova no llegará a sentarse en el trono de Carlos V. Luego añade que para gobernar a España no hacen falta principios extranjeros, que los nuestros bastan; y por último, para demostrar cuán fatales y desastrosas son la minorías, copia las siguientes palabras del Código *Las Partidas* de Alfonso el Sabio:

«Avieses muchas vegadas (veces) que cuando el rey muere, fíaca niño el fijo mayor, que ha de heredar; et los mayores del regno contionden sobre quien lo guardará fasta que sea de edad; et desto nacen muchos males: ca las más vegadas, aquellos que le cobdician guardar, más lo facen por ganar algo de él, ó por apoderarse de sus enenigos que non por guardar el niño, ni del regno. Et desto (prosigue) levántase grandes guerras, et robos et daños, que se tornan en gran destroimiento de la tierra: lo uno, por la niñez del rey, que entienden que non se lo podrá vedar: lo ál (lo otro), por el descauerdo que es entre ellos: ca los unos pugnan de facer mal a los otros, cuanto pueden.»

No es esto todavía lo más importante que *La Epoca* dice. Comentando el párrafo anteriormente copiado hace las observaciones juiciosas que a continuación verán nuestros lectores:

«Esto, que el insigne autor de las Partidas decía con razón de las minorías, ha venido sucediendo en los tiempos modernos, porque siempre se ha concebido que el período de un rey menor era una gran desgracia para los pueblos; desgracia que sólo podía aceptarse a cambio de las ventajas de perpetuar el derecho hereditario en una familia, dando estabilidad a las instituciones y a las bases fundamentales de la sociedad. Pero de seguro, Alfonso el Sabio habría tenido palabras mucho más duras y no habría comprendido que un pueblo en el acto de constituirse por efecto de una revolución, eligiera voluntariamente una minoridad que con harta razón consideraría ocasionada a guerras, et robos, et daños que se tornen en gran destroimiento de la tierra.»

Es difícil escribir nada más contundente contra la candidatura del príncipe Alfonso. Un rey menor es una gran desgracia para los pueblos. Luego el príncipe Alfonso sería una gran desgracia para España. Desgracia que sólo puede aceptarse a cambio de perpetuar el derecho hereditario en una familia. Pero esto se entiende: 1.º cuando la familia tiene un derecho indubitable; y 2.º, cuando la familia no ha dejado de reinar: es así que la familia de don Isabel tiene cuando más, un derecho dudoso (ninguno, en cuanto reconoce el principio revolucionario), y que además no ocupa el trono; luego no es justificable por ningún concepto la desgracia de una minoridad. —D. Alfonso el Sabio no habría comprendido que un pueblo en el acto de constituirse por efecto de una revolución, eligiera voluntariamente una minoridad. —*La Epoca*, que esto dice ha propuesto mil veces a las Cortes Constituyentes que elijan a D. Alfonso, menor de edad, para futuro rey de España. Hoy, como el sabio autor de las Partidas, no comprende que un pueblo en el acto de constituirse por efecto de una revolución elija voluntariamente una minoridad.

Nosotros no podemos añadir una palabra a estas magníficas confesiones de *La Epoca*.

A peligro de que *La Reforma* nos haga segunda vez la injusticia de creer que nosotros nos dolemos de las gracias que el Gobierno derrama a manos llenas sobre los federales, cuando solo aspiramos a que no se hagan odiosas y repugnantes distinciones en la concesión de indultos, vamos a reproducir las quejas que la noticia de la libertad de algunos republicanos arranca al *Tradicionalista* de Valencia. Dice así este periódico:

«Todavía existen en las cárceles Torres de Serranos mas de ochenta carlistas; allí viven en repugnante consorcio con séres, muchos de ellos reincidentes criminales, y quizás sufriendo ma-

los tratos y vejaciones humillantes de parte de los mismos que los manchan con su compañía. Ya sabemos que por mucha que sea la vigilancia de los empleados y por más celo que estos despleguen, es de todo punto imposible estirpar los muchos abusos y malas prácticas que de antiguo existen en las cárceles. En esa desdichada sociedad no se reconoce mas derecho que el derecho del mas fuerte, ni mas superioridad que la que da al individuo la enormidad ó número de los delitos que ha cometido; considérese cuánto padecerán los pobres carlistas obligados a respirar en atmósfera tan corrompida y repugnante.

En nombre de la humanidad, invocando la desgracia, siempre digna de respeto y consideración, dirigimos nuestra humilde voz a las autoridades, para que dispongan cesen desde el momento, ya que no las detenciones de nuestros amigos, toda vez que tal determinación corresponde al Gobierno supremo, al menos parte de las amarguras y sufrimientos que sobre ellos pesan.

Nada más fácil y hacedero que otorgar lo que con tanta justicia pedimos. Cárcels hay en Valencia en donde pueden guardarse los presos por delitos políticos, y aun en las mismas torres de Serranos sobran departamentos para que se destinen uno ó dos exclusivamente a los que, republicanos ó carlistas, si cometieron algún acto que solo la negación del triunfo convierte en delito, no pueden ni deben ser confundidos con los procesados por delitos comunes, a quienes siempre, severa la ley, apellida criminales.

Pues lo que pasa en Valencia es nada en comparación con lo que acaece en Ciudad-Real. En este punto ascienden los carlistas presos a unos 400, y carecen de lo más preciso. El rigor para con ellos llega al extremo, según tenemos entendido, de haberseles privado durante algunos días de los dos reales que se les da, porque los infelices recibieron un duro por persona de los fondos que los periódicos católicos recaudamos en Madrid con este objeto.

Nunca ha sido más conveniente y hasta necesario que ahora un indulto; y sin embargo, los que en tiempos de O'Donnell, de Narvaez y de Gonzalez Brabo se escandalizaban de la prisión de unos cuantos liberales, hoy ven con indiferencia, si no con gusto, que mueran de hambre, de frío y miseria mil y mil carlistas que yacen en las cárceles confundidos con criminales.

En todo han de ser mezquinos los progresistas.

Cuando *El Imparcial* se oponía con todas sus fuerzas a la candidatura del duque de Génova, publicaba párrafos como el siguiente:

«No pretendan hacer creer al país que desean poner término a la interinidad los protectores de las candidaturas de príncipes niños; lo que desean es prolongarla. Ellos sabrán por qué.»

Ahora que *El Imparcial* es uno de los protectores de las candidaturas de príncipes niños; ahora que no desea poner término a la interinidad sino prolongarla, él sabrá por qué, se nombra al director de aquel periódico D. Eduardo Gasset y Artime nada menos que subsecretario del ministerio de Estado, nombramiento que mañana publicará la *Gaceta*, según anuncia *El Puente de Alcolea*.

Peo o señor, ¿cuándo se sienta en el trono progresista el inclito D. Pablo I?

Ayer se dijo que el rey Víctor Manuel estaba en inminente peligro de muerte: hoy dice un telegrama que ha mejorado notablemente, y otro que está aliviado, pero no fuera de peligro.

Un periódico de la mañana nos da cuenta de que anoche recibió el ministro de Estado un telegrama del encargado de Negocios de España en Florencia, en que le participaba que Víctor Manuel pasó bien el día, y seguía mejorando.

De todos estos rumores y noticias, y de las alzas y bajas súbitas de la Bolsa de Florencia, solo se deduce que el estado del rey es muy grave. Siempre que los monarcas de pueblos liberalizados están enfermos, se recurre a todos los medios imaginables para ocultar la intensidad del mal. Enferma Napoleón, y el telegrafo y los periódicos oficiales se empeñan en hacer creer que el mal es insignificante; y sin embargo, el mal dura dos meses, y se acude para combatirlo a las eminencias del arte médico. Y es que si la muerte de un monarca es siempre importante acontecimiento, en los pueblos revolucionarios es ocasión de sangrientas catástrofes y convulsiones sociales.

La revolución desenfrenada, que amenaza destruir la monarquía usurpadora de Víctor Manuel, conseguiría probablemente su intento si este muriera.

¿Cuáles serán los designios de la Providencia? Nadie puede saberlo.

La Epoca de anoche dá noticia circunstanciada de lo ocurrido entre los Gobiernos de España y Portugal, con motivo de haber nombrado este por representante suyo en Madrid al Sr. Andrade Corbo sin haber dado aviso a nuestro ministro de Estado, como es costumbre.

A las quejas que dió el Gobierno de España al de Portugal por aquella falta, respondió el segundo, que en ocasiones recientes no se había observado la fórmula de dar aviso. Sin embargo, ante la réplica de nuestro ministro de Estado, el Gabinete de Lisboa confesó que había sido mal informado por sus oficinas cuando dijo que en otras ocasiones no se había observado por ambos Gobiernos la costumbre de dar aviso de los representantes que se iban a nombrar. A pesar de esa última nota, el ministerio de la nación vecina insistió en mantener su nombramiento a favor del Sr. Andrade Corbo, y, según *La Epoca*, nuestro Gobierno acordó el sábado último no admitirlo.

Nuestros lectores recordarán que el señor Andrade Corbo tiene el pecado de haber tratado con rigor a los progresistas y demócratas durante su emigración, antecedente que no hace a aquel señor muy del gusto de nuestros revolucionarios, y hé aquí el motivo principal del conflicto, que ignoramos cómo terminará.

Es muy de notar que a pesar del amor que nuestros gobernantes tienen a Portugal, ha habido ya varias cuestiones entre el Gobierno de aquella nación y el de España. Y esas cuestiones se enlazan a veces una con otra; por ejemplo: aún no resuelta la promovida con ocasión del nombramiento

de Andrade Corbo, el Sr. Martos dijo aquello de que con el duque de Génova iremos a Portugal; y como era regular, esas palabras han dado lugar a contestaciones por telegrafo, que suponemos que irán seguidas de otras por notas diplomáticas.

Aunque en otro lugar damos cuenta de la importante ceremonia de la abjuración de los errores del protestantismo, hecha por el ministro protestante Sr. Soler, en Córdoba, insertamos en este lugar el notable discurso que pronunció en tan tierno y solemne acto.

Dice así:

«Excmo. señor: Ilmo. Cabildo, Clero y pueblo cordobés. —Diez meses há próximamente vine a esta católica é histórica ciudad, con el solo objeto de propagar las doctrinas protestantes. En orden a mi conducta social nada absolutamente diré; el testimonio que de ella diera puede proceder de todos los que me están escuchando; únicamente soy responsable de mi conducta religiosa.

Una desobediencia a mi propio diocesano, el Arzobispo de Valencia, fué la primordial piedra de tropiezo que de abismo en abismo me hundió en la deplorable heregia protestante que con el nombre de *Iglesia Española Reformada* he predicado, primeramente en Sevilla, después en Cádiz y en Arabal, luego en Constantina y últimamente en Córdoba; sin haber tenido en mí un origen de convicción, sino una ceguera posterior, adquirida ya por la lectura de las *Confesiones heréticas*, que se conocen con los nombres de *Helvética*, *Anglicana* y de *Westminster*, y más particularmente de esta última, ya tambien por la lectura de las obras protestantes que escribieron los primeros reformadores Enoe, Lutero, Calvino y las posteriores alemanas é inglesas, a la par del trato y predicaiones de los ministros protestantes.

Fuerte, y rationally en mis convicciones posteriores a las adquiridas en mi católica educación, no podía ser, en verdad, sino muy débil; porque fuerza de Dios, es decir, fuera de la verdad de las cosas que se deben creer, obrar y esperar, nada hay consistente, hubiera sido muy desgraciado si, como a Saulo, no me hubiese conocido Dios nuestro Señor su eficaz y divina gracia para convertirme a él por los méritos infinitos del Señor Jesucristo el Redentor del género humano. —Empero no basta mi conversión es necesaria además una reparación. De mi voluntad haria cuanto los preloidos católicos me ordenasen; tal, sin embargo, es y ha sido el cariño con que he sido escuchado y conducido, que no he podido sino recordar la parábola del hijo prodigo.

Pues yo me fui muy lejos de Dios, gasté mi caudal en el pecado de la heregia, y cuando ni hasta las mondaruras de los menos católicos podía adquirir para alimentar mi alma, me acordé de la casa de mi Padre celestial, en la que hasta los jornaleros tienen pan abundante de gracia, y dije: «Me levantaré é iré a mi Padre y le diré: Padre, pegué contra el cielo y delante de tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como a uno de tus jornaleros.» Y cuando aún estaba lejos de ser buen hijo, mi Padre, en la persona del prelado de esta ciudad, me ha visto, ha corrido a mí, me ha echado los brazos al cuello y me ha besado.

Católicos cordobeses: no habéis sido muchos los que habéis venido a la capilla protestante; y sin embargo, a estos pocos debo amonestar con todas las veras de mi alma que consideren lo que estoy haciendo, para que depongan y rechacen aquellas cosas que heyan escuchado en mis predicaiones como contrarias a la verdad católica: que no concurren ya a la capilla protestante y entreguen a sus propios curas párrocos los libros que los protestantes les hayan dado. —Queridos hermanos: dos bautismos y un matrimonio he celebrado: los padres de los niños bautizados tienen una obligación en conciencia de presentarse a sus propios párrocos y someterse a lo que se resuelva sobre la validez y a cuanto proceda según lo que la Iglesia católica tenga determinado: los que fueron casados por mí no lo son conforme a las prescripciones católicas; esto debe subsanarse; les ruego, pues, que cumplan prontamente con esta obligación cristiana.

He fundado una escuela en conexión con la Iglesia protestante: tengo entendido que la escuela seguirá, bajo la dirección de otras personas; tendré entendido que si yo solamente traté daras una educación social, quizás los que vendrán después de mí pretendan inculcar la doctrina protestante; pero vosotros ¡oh cordobeses! no mandéis allí a vuestros hijos; desead su educación, queréis que yo continúe instruyéndolos, podré servir ahora lo mismo que antes? Estoy, pues, dispuesto a satisfacer vuestros deseos, aunque no fuese sino para veros fuera de todo peligro religioso. —Excmo. Sr., Ilmo. Cabildo, cordobeses y todos cuantos me escucháis, yo os reamo las plegarias de todos, el perdón de todos; y así como el Padre celestial hace nacer su sol sobre justos y pecadores, yo, que soy el primero de todos, confío firmemente que hará nacer sobre mí el sol de justicia; decidse pues, rogadle y suplicadle, pues, que haga abundar en mí, de hoy en adelante y siempre, la misericordia, gracia y paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Amen. —Córdoba, 31 de Octubre de 1869, Antonio S. Soler, presbítero.

Dice un periódico que ayer y hoy se ha publicado en Madrid con gran profusión una hoja suelta firmada con las iniciales M. U. P. Lleva por título *Única solución posible*, y se refiere a la cuestión monárquica. El autor de este documento se decide abiertamente por la continuación de la interinidad, por un tiempo determinado. Atribuyese este documento a D. Miguel Usete de Ponte.

La Epoca niega que con el Sr. Montemar haya salido para Florencia el señor marqués de Salamanca, y añade que este banquero fué a cazar a su posesión de los Llanos, y mañana debe estar de regreso en Madrid.

Al dar cuenta *La Epoca* de los asuntos que llamaban ayer la atención en el salón de conferencias, dice lo siguiente sobre la carta del general Dulce:

«Pero lo que en algunos pequeños círculos despertaba una curiosidad más intensa, era lo que con mayor cautela se contaba al oído sobre una importantísima carta dirigida por el general Dulce a uno de los funcionarios que sirvieron a sus órdenes en la Habana, carta en que el bizarro general, olvidando por un momento sus dolencias, establece su posición política antes y después del movimiento revolucionario de Setiembre, y toma para el porvenir una actitud franca y despiadada.

Suponemos que la carta estará destinada a la publicidad, en cuyo caso podremos graduar su importancia.»

Las últimas noticias de Chile alcanzan al 17 de Setiembre, y carecen de importancia. El Arzobispo de Santiago y varios Obispos se habían embarcado para asistir al Concilio ecuménico.

Entre los pasajeros conducidos por el vapor-correo *España*, que acaba de llegar a Cádiz, se

cuenta el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de la Habana.

El Cronista de Nueva-York, refiriéndose a ciertas que ha recibido de Madrid y París, asegura que hay aquí conspiradores encubiertos que fingiendo la más exagerada lealtad, averiguan las miras del Gobierno, las comunican a las juntas de los cubanos rebeldes con tal puntualidad, que antes están ellas enteradas de lo que se ha de resolver, que las autoridades españolas de las Antillas y nuestros ministros diplomáticos.

Dice *La Correspondencia*, ignoramos con qué fundamento, que se ha recibido ya en la nunciatura la fórmula para el juramento que ha de prestar el Clero a la Constitución.

Las noticias del Perú alcanzan al 27 de Setiembre.

La más importante es relativa al gran temor que reinaba de que se realizasen las predicciones del doctor alemán Falb. Este había vaticinado para el 30 de Setiembre y el 4 de Octubre grandes terremotos, y las gentes abandonaban el Callao y Lima retirándose a las casas de campo. A causa de ellos las transacciones mercantiles eran casi nulas.

La policía había descubierto varias conspiraciones contra el orden público.

Al general Bustamante, ex-ministro de Guerra y Marina, le habían formado causa por cogerle poniendo pasquines.

Dice un diario noticioso:

«El manifiesto de doña Isabel de Borbon no ha llegado aún. Confirmando la idea de que en este documento no se habla nada de abdicación y que se rechaza tanto el propósito de acusar a nadie como el de justificar hechos pasados.»

Según *La Epoca*, parece que el portador del manifiesto se había detenido para dejar hecha una traducción al francés, y el día 7 debió salir de París. «No tenemos», añade, la pretensión de estar mejor informados que los demás.»

El capitán general de Cuba, Sr. Caballero de Rodas, dirigió ayer al Gobierno el siguiente despacho teleográfico:

HABANA, 8. —Acabo de girar una visita a Cien fuegos, Santi Espiritu, Trinidad y Santa Clara, donde reina grande entusiasmo para combatir la revolución.

Siempre presentándose muchos insurrectos.

La Correspondencia de anoche dice lo siguiente sobre la reunion celebrada ayer por los unionistas:

«Las cuatro de la tarde se han reunido los diputados de union liberal para ocuparse de las indicaciones hechas por el presidente del Consejo de ministros respecto a los empleados públicos procedentes de dicho partido, indicaciones que están en contradicción con las de acordar en su consecuencia si deben ó no presentar dichas dimisiones.

—Los unionistas, en su reunion de esta tarde, han acordado por mayoría que firmen los individuos de la comision de elecciones el dictamen conforme a la proposición del Sr. Ramos Caldeón. El Sr. Alvarada ha gestionado vivamente para que se llegue a este resultado.

El Sr. Fuente Alcaraz ha accedido a suscribir el dictamen, haciendo un grande sacrificio en aras de la conciliación.

El Sr. Navarro y Rodrigo se ha mostrado más resistente y no sabemos si formará voto particular.

La reunion seguía a las seis.

Un cen de Nueva-York que el vapor filibustero *Lillian*, farto de carbon y después de desembarcar a la gente que llevaba en un cayo, había arribado a Nassau, donde fué detenido por las autoridades inglesas, y donde permanecerá hasta que termine la insurrección en Cuba.

Las últimas noticias de Venezuela dicen que el general Monagas, con 4,000 hombres, cuatro vapores y varios buques de vela, salió el 2 del actual para operar contra el general Pulgar en Maracaibo.

El día 3 del actual hubo un terremoto en La Guayra pero no ocasionó daño alguno.

ULTIMA HORA.

CONGRESO.

Se han leído y aprobado varios dictámenes.

Se lee el dictamen prorrogando hasta el 31 de Diciembre la autorización para plantear los presupuestos.

Le impugnó brevemente el Sr. Oria, y le defendió el señor ministro, después de lo cual fué aprobado en votación ordinaria, y se levantó la sesión a las tres.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 8. —Doña Isabel de Borbon ha renunciado a su propósito de ir a Roma durante la celebración del próximo Concilio.

Ayer se verificó en Lila una gran manifestación de obreros en sentido proteccionista, pronunciándose calurosos discursos contra la renovación de los tratados de comercio.

Los fondos italianos han subido a consecuencia de las noticias satisfactorias que han circulado sobre el estado de la salud de Víctor Manuel.

AMSTERDAM, 8. —Fondos portugueses, a 33-25.

FLORENCIA, 8 (por la noche). —El rey sigue mejor. Ha pasado bien el día de hoy.

CONSTANTINOPLA, 8. —El sultan no asistirá a la inauguración del Canal de Suez a consecuencia de las diferencias subsistentes aun entre la Puerta y el virey de Egipto.

PARIS, 9 (por la mañana). —El *Diario oficial* del Imperio dice que el rey Víctor Manuel ha experimentado una notable mejoría; pero que no está fuera de peligro.

El periódico ministerial *Le Constitutionnel* desmiente los rumores de una próxima modificación en el Gabinete.

BOLSA DE HOY.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 23-55, y 65; pequeños, 24-20, 25-00, 24-80 y 50; a plazo, 23-50 fin cor. fir.

Titulos del 3 por 100, procedentes del diferido, publicado, 23-10 y 15.

Billetes hipotecarios de la segunda serie, publicado, 88-75.

Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 60-75, 61 por 100, 60-80 y 61-00; a plazo, 60-35 61-00 y 61-25 y, fin. cor. vol.; 60-35, fin. cor. fir.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 45-20.

Idem, id., id., (nuevas), de 2,000 rs., publicado, 45-20.

Idem de Alar a Santander de 2,000 rs., no publicado, 43-50.

